

LOS CACHORROS

En nuestra familia teníamos muchas ganas de tener perros. Mis hijos siempre me han pedido un perro. Los niños estaban de lo más entusiasmados el día que trajimos a los cachorros. Tenían seis semanas y eran adorables. Los «hombres» de la familia le pusieron al machito, Hoss, y las mujeres a la hembra, Luna.

Sin embargo, los perritos tenían parásitos y pulgas, y como no habían sido entrenados se orinaban, vomitaban y hacían popó en la casa. Durante algunas semanas, nuestra casa era un desastre. Digamos que casi a cada rato había que limpiar lo que hacían dentro de la casa, había que bañarlos, darles de comer y sacarlos a pasear. Hubo que correr algunos muebles para colocar la cucha; se les asignaron unas frazadas (mantas). Gastamos una pequeña fortuna en visitas al veterinario, en medicinas para Hoss y Luna, además de comprarles collares, correas, recipientes para su comida, bocaditos para perros y juguetes.

Después de unas semanas de locura por los cachorros, nos reunimos en familia para decidir si valía la pena tener a Hoss y Luna. Como los niños ya sabían lo que significaba tener perros, mi esposo y yo les explicamos bien que adquirimos a Hoss y a Luna para ellos, no para que nosotros, sus padres, tuviéramos algo más para llenar nuestro tiempo. La pregunta era: ¿nos los quedamos o son demasiado trabajo para nuestra familia?



Estoy segura de que adivinaron qué decidieron los niños: fue una decisión unánime de quedarnos con los cachorros. Aun si significaba tener menos tiempo libre y menos dinero para otras cosas, o si significaba mucho más trabajo, o levantarse en medio de la noche, e incluso si significaba tener que limpiar sus excrementos. Aun si requiriera mucho tiempo entrenarlos, los niños querían a esos cachorros.

Ellos querían los cachorros porque sabían que si invertían en ellos ahora, en entrenarlos y cuidarlos, en unos meses tendrían unos hermosos perros que serían compañeros, protectores y compañeros de juego. Para mis hijos, la inversión valía la pena. Me siento orgullosa de mis hijos porque pudieron ver el valor más allá del sacrificio.

En Mateo, capítulo 7, Jesús nos enseña sobre la oración y que no debemos tener miedo de pedirle a Dios que supla para nuestras necesidades. Dice: «¿Quién de ustedes, si su hijo le pide pan, le da una piedra? ¿O si le pide un pescado, le da una serpiente? Pues si ustedes, aun siendo malos, saben dar cosas buenas a sus hijos, ¡cuánto más su Padre que está en el cielo dará cosas buenas a los que le pidan!»¹



Hoss y Luna están haciendo algo más que ser una compañía para nuestra familia. También son la ilustración de cuánto desea Dios ayudarnos, cuidarnos y proveer para nuestras necesidades. Él desea lo mejor para nosotros, así como nosotros deseamos que nuestros cachorros puedan llevar la mejor vida perruna posible. Queremos que hagan progresos, que crezcan sanos, que se sientan seguros, que aprendan cosas y que se diviertan. ¡Dios desea todas esas cosas para ti también!

Si tienes alguna necesidad, pídesela a Dios. O si se trata de tan solo un deseo, pídeselo a Dios. Recuerda que tú eres aún más precioso para Dios de lo que un hijo puede ser para su madre o padre... o que Hoss y Luna para mis hijos. Pide, y si es algo bueno para ti, y si está dentro de Su plan para tu vida, Dios te lo concederá.

Nota a pie de página

¹ Mateo 7:9-11 (NVI)

Se encuadra en: Desarrollo personal: Conducta personal: Responsabilidad-2b

Texto: Mara Hodler, adaptado. Publicado por primera vez en Solo1cosa.

Ilustración: Alvi. Diseño: Stefan Merour.

Publicado por Rincón de las maravillas. © La Familia Internacional, 2016

